

Gol Sur

Relatos del Cádiz



Antonio Hernández

Gol Sur

Relatos del Cádiz

C colección
CALEMBÉ



algaida



La colección Calembé es una iniciativa de la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, y se publica en coedición con Algaida Editores.

Primera edición: noviembre, 2008

Director de la colección: José Manuel García Gil

© Antonio Hernández, 2008

© Algaida Editores, 2008

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-156-5

Depósito legal: M-48.289-2008

Impresión: Huertas I. G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Esta novela, o este conjunto de relatos, pues a las exigencias de ambos géneros responde, conjuga realidad y ficción sin que, por su carácter de literarias, se comprometa en un resultado que no sea el de la invectiva más absoluta.

Todo cuanto sé con mayor certeza sobre la moral y las obligaciones de los hombres se lo debo al fútbol.

ALBERT CAMUS

EL SUBMARINO AMARILLO

EN EL AEROPUERTO DE PAMPLONA, ANTES DEL EMBARQUE, unos graciosos nos hicieron el pasillo de los triunfadores, provocación a la que no dimos importancia porque bastante teníamos con la goleada y con el miedo al avión o, mejor dicho, a los aviones, puesto que en Barajas nos esperaba otro para ir hasta Jerez. El Meji grande, que es el que más pánico les tiene, fue el único que esbozó un corte de manga dirigido a los graciosos que habían ido hasta Noain para prolongar su alegría y nuestra vergüenza, pues los roscos fueron más abundantes que en las Navidades: cinco, una manita, y aunque estábamos acostumbrados a regresar de los desplazamientos con la cabeza gacha, cinco chícharos son muchos chícharos.

La verdad es que no teníamos ganas de nada, ni siquiera de aparecer por los bares de la Avenida y menos aguantar sin rebelarnos las pullas de los aficionados, gente, dicho sea de paso, que suele convertir la amargura de la derrota en un cachondeíto no sabría calibrar si llevadero o más ofensivo que el insulto.

Nuestra afición sabe herir sin puñal, o con el puñal de la gracia, que puede ser más dañino que el de acero. A Bañares, que si es un poco tuercebotas tiene toda la afición del mundo y pone de pundonor lo que no está en los escritos, por poco lo retiran de los campos de fútbol para siempre. En vez de a los entrenamientos, tuvo que ir durante toda una temporada al psiquiatra porque un grupo de aficionados quiso recordarle que de cuando en cuando se despistaba y en vez de acribillar al portero contrario aterrorizaba al nuestro. Los célebres silencios de la Maestranza de Sevilla fueron poco como ejemplo de tortura desdeñosa, pero sin palabras también el castigo, o con las palabras silenciosas acusadoras de una pancarta más criminal que Sadam Hussein: «Bañares, por favor, no te vayas al Milán».

Así rezaba el choteo: no te vayas al Milán. Y a donde se tuvo que ir fue al psiquiátrico porque la cosa no amainó; tampoco había otra salida si él no dejaba de marcarse goles, que de seguir así, como se choteaba el Meji grande, iba a ser pichichi al revés.

Lo bueno que tenía nuestro equipo era que menos el puesto en la clasificación éramos capaces de cambiarlo todo en pocos segundos, y sobre todo el humor, al que le dábamos la vuelta en un pispás. Como la economía del club estaba menos boyante que la de un guardacoches, casi todos los jugadores éramos de la cantera y ni siquiera la estrella del conjunto, el

Mágico González, tenía para lucimientos. Juan José, Acedo, Kiko, los Mejía o yo salimos de las playas, y la verdad es que éramos buenos, pero entre que no se nos exigía como en otros equipos porque no se nos pagaba o se nos pagaba tarde y mal y entre que teníamos metido en la cabeza que el año siguiente tendríamos más alegrías en Segunda, nos dejábamos ir en aquel fatalismo y si terminábamos salvándonos era al final de la Liga o bien por suerte o porque los otros eran peores o porque don Manuel, un genio de los despachos y los cambalaches, le daba la vuelta a la tortilla e *in extremis* nos la comíamos en Primera a costa de otro club con presidente menos malabarista que el nuestro.

Con todos esos imponderables, la verdad sea dicha, el equipo no podía ser otra cosa que un equipo ascensor al que en los comienzos de cada Liga despojaban de su más destacado elemento. De aquí puso proa para Barcelona, Migueli; de aquí para Valencia, Botubot; de aquí para el Madrid, Andrés, y luego Juan José; de aquí para el Vicente Calderón, Baena, o los Mejía para Zaragoza y Murcia. Y el único que se quedó hasta que puso rumbo a El Salvador para terminar de camionero fue el Mágico González, por el que rezamos todos los días no le vaya a pasar en su nuevo oficio transportista lo que le pasó en un descanso en el estadio Bernabéu: que se quedó más frito que el bienmesabe y para despertarlo le tuvo el masajista que

aplicar el pelotazo de árnica que les aplican a los boxeadores groguis.

El caso es que antes del partido se había fumado dos canutos, que era seguramente lo que lo inspiraba para hacer aquellas maravillas que hacía, y le entró el sueño de la muerte. Ya recién comenzado el partido lo vi con más niebla que en Londres, los ojos como si viniera de Xauen y más perdido que un torero en Alemania. Y hasta le pregunté por lo que le pasaba, si el miedo escénico en el Bernabéu o qué. El Mágico ni me respondió y cuando entramos en los vestuarios sus ronquidos llegaron antes que él al asiento. El entrenador dijo que lo dejáramos dormir un poquito, que le iba a venir bien. Y así fue, porque cuando salió fresco al campo hizo dos jugadas para la galería que más hubiera valido que no las hiciera porque lo que consiguió fue que Stielike y familia se enfadaran y comenzaran un asedio que ni el de los franceses sobre Cádiz. Pero como nuestros paisanos, resistimos. Resistimos hasta donde se podía resistir, que tampoco se trataba de llegar a Cádiz con las dos orejas, sino, tras mucho bregar, como los últimos de Filipinas: con la frente alta. Algunos daban la impresión de, en efecto, volver de la guerra y no porque Camacho, Benito, De Felipe y otros que tal de la guadaña a punto se hubieran empleado en horas extras legionarias, sino porque nuestra plantilla era muy particular, dejemos los problemas de cada uno para lo privado y pongamos aquí

nada más el hecho bufón de que al Meji grande se le desprendió la parte superior de la dentadura postiza y medio equipo se puso a buscarla bajo su dirección y desentendido del ataque del Real Madrid. Ahí empezó la goleada, cuando mejor estábamos jugando y en la seguridad de que si el árbitro hacía el milagro de permanecer neutral íbamos a dar la campanada. Pero al Meji grande se le cayeron los piños, a Kiko se le distrajo la musa inspiradora y se fue al suelo muerto de risa y Bañares le dio un pase a Hugo Sánchez que lo dejó solo ante Cervantes, nuestro portero manco de las dos manos. Cinco a dos al final cuando faltando sólo diez minutos íbamos empatados a dos y ya acariciábamos el positivo.

La goleada, una manita siempre es una manita, la maquilló el trance de la siesta a destiempo de Mágico González y en un debate, que no lograba esconder la admiración por la genialidad del salvadoreño, la prensa de la ciudad presionó para que el Cádiz dejara de ser el mayor ejemplo de indisciplina desde que el fútbol se jugaba descalzo. Y como la prensa es la prensa y tiene la autoridad de lo escrito, al cuerpo técnico le dio por aplicarnos eso que dicen mano dura y que se suele traducir en ganancia de tesorería. Multa por aquí y multa por allá. Si te veían después de las diez de la noche en la calle, multa. Si a las nueve estabas en un bar, multa. Si tenías novia, multa, y si no, también. De haberlas pagado todas a estas alturas

el Cádiz podría ser el equipo con más dinero del mundo.

Lógicamente se impuso la amnistía y aunque seguíamos sin cobrar, por lo menos ya no debíamos. Como decía Juan José, teníamos menos dinero que el que se está bañando. Y cómo no íbamos a estar dormidos en los entrenamientos si nuestro deporte verdadero, la pesca, se practicaba de noche y, en vez de en el estadio, en el puente Carranza. Con tres caballas y algún otro pescado de más aristocracia tenía yo contenta a doña Pureza, la dueña de la pensión. La pensión estaba tal y como la encontré al llegar a Cádiz, con los mismos huéspedes pintorescos y su santo y seña de la sirvienta tuerta y los gatos remolones. Por allí no había pasado el tiempo salvo para añadirle arrugas a doña Pureza, siete u ocho enfermedades crónicas y un luto espurio por la desaparición de don Gervasio, su amante, de quien no se sabe si el corazón le falló por la gordura incontrolada de paquidermo renqueante, sedentario, o por los disgustos que le daba el equipo y la afición, que no era de lo más comprensiva cuando íbamos peor que siempre. Su muerte había sido un golpe para nuestra patrona, que sintió en su alma como un garfio en el pecho y un candado en la lengua la viudedad que no pudo ser. Doña Pureza se sentía legítima del corazón aunque nada le fuera al bolsillo pues el cataplasma de don Gervasio se murió sin hacer testamento. Se dejó, y eso es lo que le dejó a

doña Pureza en el cuarto donde se aliviaban la soledad y los arañazos de la vida, un traje viejo, unas cuantas camisas y corbatas y una dentadura postiza de los años catapún pero con un detalle algo surrealista y molesto en la parte del paladar: el escudo del Cádiz Club de Fútbol forjado en oro con un brillante en la corona que debía de costar lo suyo. Doña Pureza, que no se quería desprender de aquel tesoro sentimental y económicamente valioso, había pensado en empeñarlo e incluso llegaron a tasárselo tan alto que de ser la dentadura del Meji grande se hubiera entendido su preocupación buscándola por la hierba en una jugada de tanto peligro. Era como cuando Lola Flores perdió el zarcillo en una actuación. «Mis piños no los dejo aquí», gritaba el Meji grande, y el Kiko, con su voz aguardentosa de cantaor de tabanco, le respondía «Póntelos de oro ahora, cuando te fiche el Milán». Bañares, que se creyó que era una alusión guasa a su manera clásica de quitarse de encima el balón como si quisiera ponerlo en órbita espacial, se mosqueó y amenazó a Kiko con decirle una bordería, pero todo se quedó en nada, como la herencia de doña Pureza.

—Esto es lo que me ha dejado. Y penas.

No sé por qué doña Pureza me descubrió aquel día su secreto de los piños postizos y enjoyados y de paso su habitación, siempre cerrada a cal y canto. E hizo que se me agolpara en los ojos el agradecimiento cuando vi en la pared una foto que certificaba uno de

mis primeros goles en el Cádiz. La tenía allí junto con otros exvotos, cosas que jalonaban los mejores o más celebrados latidos de su corazón romántico, la foto amarilla de su marido con bigote de sargento en ultramar y un ojo ligeramente desobediente, un breviario, estampitas de san Servando y san Germán, patronos de Cádiz, una caja fuerte, varias velas encendidas y otras tantas apagadas y muchas otras cosas amontonadas al retortero: revistas de los años veinte, la colección entera o casi de *Blanco y Negro*, algún libro, en fin, el síndrome de Diógenes, lo que nunca yo hubiera sabido de qué se trataba de no ser porque tuve que denunciarlo con la condición de que no constara mi nombre en la denuncia. Porque la cosa olía a podrido y de tal manera que, junto con lo dicho y lo que me ahorro, había en el cuchitril, y todo para consumo de la vieja, una barrica de sardinas arenques, carne de membrillo del tiempo de las colonias, botellas de anís, de coñac y de vino, latas de conserva, trozos de bacalao y lo que no descubrieron mis ojos sino aquella locura por enseñar todas sus cicatrices que le había entrado a doña Pureza amén de lo que precedió a la muestra variopinta, un olor cada vez más insoportable y al final de su rastro el gato muerto descompuesto que guardaba como el demonio del cólera dentro de la caja fuerte, su féretro.

Fue lo que me hizo comunicárselo a la policía a través de un anónimo que confeccioné con letras im-

personales del periódico según había leído en una novela. Pero como en la comisaría hicieron caso omiso no tuve otra opción que presentarme en ella y contárselo. Al principio no me creyeron y más que nada lo del gato descompuesto encerrado a cal y canto, lo que es un decir, en la caja fuerte. Pero después debieron de pensar que no perdían nada con echar un ojo por aquella pensión que, salvo a mi respectivo, más bien tenía trazas de asilo.

Cuando hicieron el registro sin más autorización que la patada en la puerta, el fiambreapestoso ya no estaba allí, pero sí el olor. Andaba también por allí, como si esperara turno, la colonia *micifú*: encima de los maceteros, sobre el piano que un día llegó a darle empaque a aquella casa, en los escalones, encima de las mesas, sobre las sillas. Y su abundancia imprevista para un inspector que, a lo visto no carecía de gracia, e hizo que exclamara:

—Habrán venido al entierro.

Y a continuación, mirándome acusadoramente, como haciéndome responsable, hasta el punto en que creí que iba a delatarme, dijo:

—Cómo va a ganar el Cádiz si su delantero centro respira el aire que respira...

Me desconcertó un tanto el hecho de que en aquel economato de miseria no hubiera resto de las caballas que yo solía llevar. Pero pronto caí en una cuenta que no había caído antes. El resultado de mis horas de

paciencia en la borda del puente Carranza iba a parar a los gatos, a lo mejor el muerto se había envenenado con una de las caballas vista la insalubridad de las aguas de la bahía. Y a lo mejor iba a envenenarnos a nosotros.

A doña Pureza no pudieron probarle más que lo del síndrome de Diógenes, que tampoco era ningún delito, y la policía se fue por donde vino no sin que dejara de amonestarme con la mirada uno de los inspectores. Bajé las escaleras con ellos y ya en la puerta de la calle, me dijo:

—Como el domingo no marques, te empapelo.

Le pregunté que por qué, que qué culpa tenía yo y le argumenté con una indudable jactancia, desacorde con la importancia de un futbolista de mi categoría, que no era tan fácil empapelar a un jugador del Cádiz.

—Pues, hablando de papeles, ¿tú no sabes que en España está duramente penado mandar anónimos?

Lo que era una broma acababa yo de convertirlo en un problema. El inspector sólo había querido tomarme el pelo pero mi estupidez arrogante lo había soliviantado.

A la mañana siguiente se lo conté al Meji grande en los entrenamientos y me dijo que no me preocupara, que conocía al inspector, del Pay-Pay, la sala de fiesta del barrio de Santa María adonde habíamos ido más de una vez con amigos gaditanos, y que tenía bastante que callar. Pero que lo del gol no estaría de

más dada la situación en que nos encontrábamos y que si era finalmente el resultado de la amenaza el equipo iba a tener que agradecerse al policía.

Lo dicho comenzó a organizarse en mi cabeza como un documental retrospectivo nada más salir el avión del aeropuerto de Pamplona. Como era invierno y noche cerrada, a poco de estabilizarse el aparato en la altura en que iba a realizar la velocidad de crucero comenzaron a verse las luces de los pueblos de Madrid anunciantes de la proximidad capitalina. El enjambre eléctrico, las distintas colonias de luces, aseguraban un cielo despejado y de esa manera un descenso menos sobresaltado y un aterrizaje menos incómodo. Algunos compañeros jugaban a las cartas, otros dormían y los demás callaban como si el silencio fuera la pena impuesta por la severa derrota que habíamos sufrido. Quedaban seis partidos para que acabara la temporada, tres en casa y tres fuera. Con seis puntos nos podíamos salvar, pero las visitas a nuestro campo del Barcelona y el Real Madrid ponían muy cara la vida en Primera. Si aguantábamos, la mayoría de los que en aquellos momentos viajábamos desde Pamplona haríamos el mismo viaje juntos en la temporada siguiente. De lo contrario, iba a ser muy posible que nos dispersáramos, unos hacia arriba y los más hacia abajo, casi todos fuera de Cádiz porque el club no podía permitirse en Segunda más que una plantilla de veteranos medio desahuciados y jugadores

inexpertos procedentes de la cantera. Por mí se había interesado el Español de Barcelona, un club con muchos seguidores andaluces que había contado siempre con jugadores del sur, una afición a la que le gustaba el arte y descontaba la presión de tener que aspirar a títulos. En el viejo Sarriá podían destacar mis cualidades, buen tiro con las dos piernas, buen regate, bonitas maneras si el resultado estaba de cara. Pero por otro lado doloroso, Barcelona estaba muy lejos de Cádiz, de mi pueblo, de mi gente. Barcelona era como la esquina europea de España, grande y cosmopolita, bulliciosa y fabril, donde uno se podía perder, donde si la gente te insultaba o te alababa era como si no lo hiciera, todo más anónimo, más a lo suyo, sin intimidaciones de barrio.

El buceo en el tópico no me hizo sonreír sino su picaresca compañera de viaje. Al poco de las primeras migraciones de andaluces a Cataluña, uno de mi pueblo, al que le gustaba más el vino que cualquier otra cosa, recuperó la memoria de que en él había dejado a su madre esperando un detalle, un giro que no fuera a parar a un empresario de Jerez o Valdepeñas. Y le escribió una nota a la vieja diciéndole que la quería mucho, pero que el dinero de Barcelona no valía en su tierra. Me entraron ganas de contárselo al Meji chico pero me contuve porque no estaba el horno para bollos de risa. El entrenador creía que con duelo los goles son menos. Menos, en nuestra puerta.

El avión entró en Barajas como una catástrofe sonora en volandas. Ya le quedaba menos vida al susto que todos, o casi todos, llevábamos en el cuerpo. Aunque llegar fuera también sinónimo de no querer hacerlo si se volvía como siempre, derrotado y sin prima.

La gente cree que el futbolista es una cosa de pantalla, de papel de periódico, de escaparate, pero en ese inventario entra también la responsabilidad, el miedo al ridículo, el miedo a los jugadores contrarios, que tampoco son malas, y el miedo a no salir de naja porque para no empezar a correr hay que tener mucho valor, del miedo al avión sin ir más lejos, del miedo a lesionarte. A alguien le he escuchado de otro que los fantasmas dan más miedo de lejos que de cerca, y ese resultado son las noches de lunes pensando en los domingos, las noches del resto de la semana pensando en que el domingo te pueden insultar, agredir, escupir, mandar al hospital, al banquillo de los acusados que es la suplencia o que quien te la juró en tu propia casa te espera en Gijón con un barreno en cada pierna. Esto no es un juego. El que lo diga, miente. Lo que tiene de eso es que el jugador mediocre, de viejo es un mendigo como lo llegan a ser todos los ludópatas. En esto, el que no se descarta pronto y con la cartera llena, termina pidiendo en la calle, en la droga o en la cárcel. Porque el oficio tiene las patas cortas de tanto tenerlas ligeras. Porque dura, a lo más, diez, doce

años. Porque la única opción en esta batalla es una retirada a tiempo, en el instante irrepetible en que todavía se puede reorientar la vida. De no ser una estrella, claro. Esa que a los treinta y tantos y sin habernos despegado un palmo de la mediocridad aún soñamos ser. Pero nuestro destino es un camión si ni siquiera hay otra salida para un genio, eso sí, pardi-lloso, como el Mágico, o juerguista como el Meji grande, o con más clase que piernas, como Acedo, no digamos de Bañares porque lo quiere el Milán según la grada después de haberse metido dos goles en su puerta hace tres domingos, frente al Betis. Pero si nadie ha sido castigado por su pesimismo, también es verdad que nadie absuelto por lo contrario. Hay dos clases de hombres: los que discurren y los que gritan gol, lo que no quiere decir que estos últimos tengan negado el don del pensamiento. *El pensamiento navarro*, así se llama el periódico que al día siguiente dijo que soy más torpe que una mula. Pero también lo dijo el *Diario de Cádiz* porque, a quemarred casi, fallé dos goles cantados. Como hoy en Valencia. No quiero ni pensar que el inspector de policía lea la crónica o lo que es peor: vea el reportaje. El reportaje que a lo mejor ya, mientras volamos hacia Madrid, está viendo en Canal Sur, o en Telecádiz, acordándose de mi padre y lo que es peor, acordándose de que me amenazó con lo que me amenazó. Joder con los medios de comunicación, la tele sobre todo, que te pone, como al cornu-

do, la jugada y, pum, eres el último que te enteras con nocturnidad y alevosía. Ya sabrá en Cádiz hasta el gato apestoso y en paradero desconocido de doña Pureza que he fallado lo infallible, ya me estoy viendo el domingo en una pancarta rogándome que no me vaya al Milán, ya entre la espada y la pared del banquillo para el resto de la temporada. Una desgracia para mí, no para la plantilla, porque *El submarino amarillo* va a salir a flote y la afición va a terminar cantando «Esto sí que es un peazo equipo».

Bastará con que Juan José no se fume dos canutos antes de los partidos, le entre el moraso y se quede haciendo la estatua bajo los palos, con que al Meji grande no se le desprenda la dentadura postiza, con que Kiko se deje de cachondeo y a Acedo le dé por crear. El equipo es de artistas de medio campo para arriba. De medio campo para abajo es más bien regularcito. Excepción hecha de Bañares. Una comparsa ya le ha cantado este año en los carnavales, y eso es lo que hace ahora mismo para darle ánimo, mientras descendemos hacia Madrid con las luces interiores apagadas, la plantilla del Cádiz, solidaria, alegremente, al unísono:

*A la altura del medio campo
va Bañares y coge un balón,
le salen tres delanteros
y los deja sentaos a tos,*

*con un quiebro de cintura
a la gente pone de pie
y ya no hay nadie
que pueda pará al gaché.
Pero el Chico Bañares
sigue aún con la pelota,
ese hombre parece
que tenga fuego en las botas.
A la altura del área
suelta un tiro
—qué golazo más puntero...—
¡Ya va ganando el Logroñés
por uno a cero!*

Al final de la Liga los puntos deberían pesarse no contarse. Lo dijo don Manuel, el presi, y consiguió, cuando ya habíamos descendido, que se jugara una liguilla de la que finalmente fue víctima el Racing de Santander.

Ojalá este año no tenga que rizar el rizo.